ELLA

JUAN GOYTISOLO

Primera imagen: "El aura tan peculiar e insólita de su sonrisa: una sonrisa abierta, cálida, generosa, teñida de una leve melancolía, que le pertenece en exclusiva y, una vez aprehendida e interiorizada, resulta imposible olvidar". (*Coto vedado*, pág. 293)

Una duda continua sobre sí misma, tanto en la escritura como en la vida, duda que la empuja a una audacia sentimental y amorosa más allá del falso pudor. O a mostrar inmediatamente la página escrita al amistoso tribunal de quienes la rodean y disfrutan de la gracia de su inmediatez y cordialidad.

La sorprendente pregunta del primer día que hablamos a solas: "¿eres ambicioso?". Desde su atalaya o mirador de Gallimard, había aprendido a clasificar a los escritores en dos categorías: quienes conciben la literatura como una carrera y quienes la viven como una fatalidad o bendición. Su desafecto a los primeros era inflexible. Diariamente acudían a su despacho corroídos por el afán de notoriedad y aplauso fácil, con una sonrisa que, en las antípodas de la suya, parecía sobreimpresa en su cara y los convertía en viajantes de comercio de sus propios productos, en asiduos e irrisorios actores de las galas y oropeles de la televisión.

Ella: "no te envanezcas del éxito circunstancial de tus libros ni de los elogios desmesurados que reciban. Todas las modas pasan. Lo peor que le puede ocurrir al escritor es caer en la trampa del compadraje y halago, avanzar sus peones de ajedrecista, calcular la rentabilidad de sus pasos, entrar en el juego de la tribu o fratría, someterse a las reglas de lo establecido y asumir su infecunda normalidad".

Ella: "la escritura es un acto solitario y un ejercicio ascético, un fuego y una devoración. Sus páginas deben abrasar al lector, transformarlo en llama, como yo me sentí reducida a cenizas al asomarme a la prosa incendiaria del *Diario de un ladrón*".

Ella: "no te tomes jamás en serio. Quien corre tras la gloria la ve desvanecerse como un espejismo. Al respeto intelectual, literario y moral se accede en silencio. Sé una persona, no un personaje. Medita en los ejemplos de Beckett, Blanchot, Réné Char".

Ella: "no busques honores ni premios. Tu trabajo debe situarse en un ámbito radicalmente ajeno a ellos. Mira a esos académicos del Quai Conti, henchidos de vanidad como pavos reales o botijos de venta. Algunos parecen sepultureros; otros, camareros o maestresalas de *Maxim's*. Exactamente como en tu foto de Venecia, con esmoquin de alquiler y cuello con pajarita, con aires de memorizar las reglas de la etiqueta que irónicamente te dicta Buñuel."

No estoy reproduciendo sus frases sino aduciendo su ejemplo, aquilatado a lo largo de los años gracias a comentarios y observaciones dichas de soslayo, con su combinación habitual de seriedad y ligereza, en vuelo planeado de cigüeña, sin pretensión ninguna y con ribetes de humor.

Escribía sus libros aprisa y despacio. Redactaba de un tirón en sus cuadernos capítulos enteros y se detenía de pronto, convencida de su nulidad. Yo le reprochaba al principio su impulso de mostrar los borradores a todos los amigos, sin comprender que necesitaba de su estímulo para continuarlos y alcanzar la nitidez y concisión que los transmutaba en textos literarios, sin concesión alguna a la impostura del consabido y mediocre producto editorial.

Repaso páginas y más páginas embebidas de sensibilidad, amor a la vida, dolor remansado, desde *Les poissons chats* a *Les manuscrits dechirés*: el retrato magistral del padre, a quien, con su bondad y talento, supo transmutar en un monstruo simpático, una proeza literaria y humana que me llena todavía de admiración.

Su amor innato a los homosexuales, ¿revelaba su anhelo de un amor imposible o un oscuro sentimiento de fraternidad? En la India, a sus dieciocho años, había

descubierto a la vez la miseria y su afinidad a los excluidos por el núcleo bien pensante de la sociedad. Su devoción a Genet no tenía límites. Pero también se sentía a gusto con las "locas" y travestidos, los púdicos y discretos, los que le confiaban sus cuitas y buscaban en ella la comprensión y el afecto que les negaba el implacable código social.

Recuerdo su intensa emoción a la muerte de los que, desafiando la plaga, quemaron su vida. Amantes incendiados, en palabras de Ahmed Gazali, para quienes "la llama no es alimento, sino es ella (su pasión) la que alimenta a la llama". Belleza irradiante la de ese instante fugaz en el que la mariposa enamorada del fuego se confunde con él, brilla con su fulgor. Gil de Biedma y Almendros, Reinaldo y Severo, caídos gloriosamente, como dijo una vez al borde de las lágrimas, en el campo de honor.

Ella: "el homosexual, como el judío, no merecen serlo si no saben extraer, a partir de su experiencia, el común denominador de las demás opresiones, si no se ponen en la piel de todos los marginados y perseguidos en razón de sus ideas, su raza, religión o etnia".

Su entrega y amor a los desfavorecidos la condujo a vender *L'Humanité*, acompañada de su hija de tres años, en las calles de nuestro barrio. Luego, su desengaño no la devolvió al redil de los burgueses reconfortados en sus mezquinas certidumbres y odios. Firmó el "Manifiesto de los 121" en favor de la deserción durante la guerra de Argelia y fue procesada por ello. Sostuvo, con palabras y hechos, los movimientos antirracistas. No perdió nunca la fe en una paz justa entre los hijos de Israel e Ismael.

Su vitalidad desbordante, fidelidad a los amigos, amor al sol y las playas, manía de coleccionar espejos, ceniceros, pisapapeles y toda suerte de objetos heteróclitos, bellos o de mal gusto, ¿cómo entenderlos en la hora amarga en que escribo estas líneas sino como una tentativa de sembrar guijarros evocadores de su presencia a lo largo del trayecto que inexorablemente la llevaba a la extinción de sí misma, al final de su sueño breve e intenso?

Ella: "no puedo seguirte en el territorio de tu querencia. Las fotos de tus obreros, soldados y luchadores que hallé casualmente un día entre tus libros me causaron dolor, pero luego me consolé al comprender que los retratados no eran ni podían ser mis rivales. Una pasión femenina sería para mí más dura e insoportable. Lo que existe entre nosotros es precioso y raro: en ningún matrimonio "normal" hay esta verdad y comprensión que, a pesar de los pesares, tenemos que preservar con mutuo respeto y tacto".

Ella: "Tus estancias en Marruecos impiden la monotonía y el cansancio diarios que de ordinario acechan a la pareja. Pero no seas este marido siempre ausente cuya lejanía verifico cuando me siento triste y desanimada. Sé que el escritor es por esencia egoísta y busca la atmósfera y el lugar que favorezcan su trabajo. Con todo, piensa de vez en cuando en mí. También yo escribo a solas y, si encallo y no avanzo, tu cercanía y ayuda me faltan".

Pocos libros más delicados y hondos que *Las casetas de baños*. Desde el siglo XIX existen en inglés y francés autobiografías lúcidas de homosexuales. Yo mismo abrí el camino en nuestra lengua, con *Coto vedado* y *En los reinos de taifa*. Pero nadie había escrito como ella la versión complementaria y opuesta de una desposesión aceptada con una nobleza de ánimo que impregna y embellece la novela, conjugando armoniosamente el rigor artístico y la conciencia moral.

El tiempo alquitara las lecturas, decanta las emociones primerizas, confiere su forma definitiva a la obra del escritor. Una voz tan singular como la suya no abunda siquiera en la literatura francesa. Su modulación única exige para ser captada la existencia de un oído fino, tanto literario como musical.

"La modestia es una forma de suicidio", decía perentoriamente su padre. Ella sonreía y se mantenía discretamente en un segundo plano, sin jactarse de su privilegiada intimidad con Genet, de la confianza que puso en ella Faulkner, ni de la iluminadora correspondencia epistolar con Hemingway. Silenciosamente, configuraba el territorio propio, la pequeña parcela que la muerte no le podrá arrebatar.

Ella: "poco a poco me has contagiado tu misantropía. Únicamente me siento bien, como tú, con un puñado de amigos. ¡Lástima que, salvo unas cuantas excepciones, nuestros amigos sean diferentes!".

Ella: "Vivir contigo es iniciarse en el duro, pero necesario, aprendizaje de la soledad. No sé si reprochártelo o darte las gracias."

Un día, al hablar con llaneza e informalidad de la muerte, le había mostrado la traducción aproximativa de un verso sufí: *Pisa la tierra con suavidad, pronto será tu tumba*. Ella, la alígera, la que evitaba la gravedad de puntillas, lo leyó atentamente y añadió con la risa bailándole en los ojos: "Así es, tus árabes tienen siempre razón. Pero esta prontitud no me conviene. Ni tú ni yo debemos impacientarnos".

Ella: "La vejez no me asusta si conservo una agilidad fí-

sica y mental. Ser una viejecita pulcra, como son las que me cruzo en Roscoff junto a los centros de talasoterapia, es una forma mitigada de felicidad".

Ella: "Me alegra sentirte dichoso con tus nietos judíos: tu nieta vienesa–askenazi y tu nieto sefardí–beréber. Si les sumas los dos marrakchis de adopción a quienes enseñas el alfabeto árabe y a decir *buen provecho* a la española, ¿qué más puede pedir un defensor del cruce y fecundación de culturas que aborrece como tú a Isabel la Católica?"

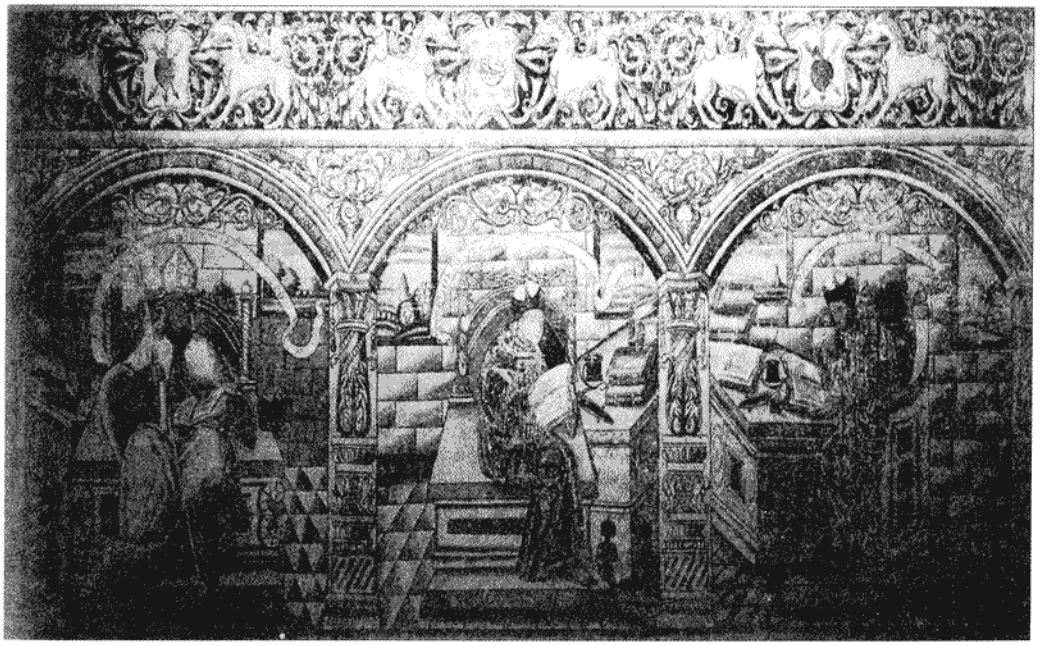
Ella (la primera semana de octubre, por teléfono): "acabo de ver en televisión los horrores y tropelías de Palestina; de leer en la prensa la prohibición de trabajar a las mujeres y educar a las niñas de los talibanes afganos; de asistir, impotente, a la captura y expulsión de los "extranjeros ilegales". Te llenará de orgullo saber que tu nieta ha salido a manifestarse, a sus catorce años, contra el odioso lepenisno que nos invade".

Ella (dos días después, por teléfono): "no imaginas lo que significa para mí la invitación de ir a Vietnam y regresar a los paisajes de mi infancia, a cuanto vi sin entenderlo, como una típica hija de colonos. He reservado ya el billete para Marraquech, a mi vuelta de Hanoi".

Ella (el 6 de octubre, por teléfono): "después de tantos meses estériles, he comenzado a redactar un libro sobre mi experiencia juvenil en Gallimard: mis recuerdos de Camus, Genet, del viejo Gaston. ¡Qué liberación!"

Bruscamente el vacío, inmenso, brutal, indescifrable. ¿Cómo condensar tanto dolor en una ínfima gota de mercurio perdida en el ajetreo del mundo, en el zumbido y la furia de nuestras sociedades de irresponsabilidad ilimitada que nos empujan ciegamente al desastre?

Lo dijo Ibn Arabi ocho siglos antes: "No calla quien calla, solamente calla quien no calla".



Un obispo (izquierda); Gregorio de Arimio, general, docto; Fray Paulo Veneto, doctor (derecha)